

VI Congreso Chileno de Antropología. Colegio de Antropólogos de Chile A. G, Valdivia, 2007.

Comunidad Rural en Crisis o Comunidad Translocalizada entre los Aymara del Norte de Chile.

Héctor González Cortez.

Cita:

Héctor González Cortez (2007). *Comunidad Rural en Crisis o Comunidad Translocalizada entre los Aymara del Norte de Chile. VI Congreso Chileno de Antropología. Colegio de Antropólogos de Chile A. G, Valdivia.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/vi.congreso.chileno.de.antropologia/49>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/eCzH/dtP>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

*Comunidad Rural en Crisis o Comunidad Translocalizada entre los Aymara del Norte de Chile*1*

Héctor González Cortez**

Hoy la mayor parte de la población aymara chilena se encuentra instalada en los sectores urbanos de las regiones de Arica-Parinacota y Tarapacá.² Las comunidades rurales, el lugar de asentamiento tradicional de este pueblo, estarían en una crisis terminal, ya que sus miembros emigran por los problemas de pobreza que enfrentan con sus economías de base agropecuaria.³ Así, si no se toman medidas urgentes, estaríamos asistiendo a la crónica de la muerte anunciada, no sólo de la de la comunidad tradicional, sino también del pueblo aymara del norte de Chile.⁴

Este sombrío pronóstico esconde varias afirmaciones: primero, que la estructura demográfica rural augura un inminente colapso demográfico por la disminución y envejecimiento de la población; segundo que los aymaras del sector rural son exclusivamente productores agropecuarios que viven al límite de la subsistencia; tercero, que la reproducción social, económica y cultural de comunidades e individuos tiene una base de realización circunscrita a sus límites territoriales históricos; cuarto, que la emigración campo-ciudad es un fenómeno sin retorno que implica el abandono definitivo de las comunidades de origen; y, por último, que en ese tránsito pelagra el destino mismo de este pueblo, su sociedad y su cultura.⁵

El objetivo principal de este trabajo es comprobar si estos supuestos se ajustan a la realidad, tratando de responder las siguientes cuestiones: ¿la disminución y envejecimiento de la población son en este caso un indicador de colapso demográfico?; ¿cuánto depende la economía familiar de la producción agropecuaria?; ¿la reproducción económica sólo se realiza al interior de los límites de las comunidades?; ¿la emigración a las ciudades significa realmente el quiebre definitivo con la comunidad de origen?; ¿estamos realmente frente a sujetos sin capacidad de agencia frente a los cambios que ha experimentado la economía regional en las últi-

mas décadas y el actual contexto general de globalización y modernización?

La respuesta a estas interrogantes debería permitir dimensionar de mejor manera la aparente crisis demográfica y económica y comprender las características de la comunidad aymara actual. A contra corriente de las tesis sobre la descomposición de la comunidad, sostenemos que en realidad estamos en frente de un nuevo tipo de comunidad, de tipo translocal, en la que las redes sociales que la constituyen ya no se circunscriben a sus límites tradicionales históricos y abarcan otros espacios, incluso los urbanos. Esta hipótesis de trabajo permite situar de otro modo la discusión sobre la demografía y la economía de las comunidades aymaras, poner en cuestión la oposición antinómica campo-ciudad y el concepto de migración entendido simplemente como el viaje sin retorno.

La información base proviene de una investigación sobre la vigencia e importancia del fenómeno de la translocalización de las relaciones y grupos sociales entre los aymaras, un aspecto poco conocido de la realidad indígena nacional de las últimas décadas.⁶ De manera complementaria, se utilizan también resultados de estudios anteriores. El trabajo se inicia con una breve discusión sobre los conceptos campo-ciudad y migración-movilidad; luego se reseñan las características de las comunidades aymaras antes de la inauguración de los procesos de emigración masiva a los centros urbanos; a continuación se trata el tema poblacional con la revisión de las cifras de población rural, un análisis de su estructura de edades y los procesos de movilidad de las personas; finalmente, siempre en relación con lo anterior, se aborda el tema económico, analizando principalmente la demanda de fuerza de trabajo, los sistemas de tenencia de bienes y la estructura de composición de ingresos familiares.

* NOTA DE LOS EDITORES: Ponencia presentada originalmente en el Simposio «Campo Etnopolítico y Complejidad en el Extremo Norte de Chile», que por no alcanzar el mínimo de ponencias para su publicación fue incluida en este Additum.

** Departamento de Antropología, Universidad de Tarapacá, Arica, Chile (hgonzale@uta.cl).

Notas sobre la relación campo-ciudad

Es necesario asumir que la sociedad aymara se ha «urbanizado» y que su comprensión no puede seguir siendo sostenida con una perspectiva que enfatice exclusivamente el componente rural, como ha ocurrido hasta ahora. Tampoco las comunidades pueden continuar siendo tratadas como entidades aisladas y cerradas, opuestas no sólo espacialmente, sino también económica, social y culturalmente a los centros urbanos.⁷ Los estudios sobre los migrantes indígenas instalados en las urbes latinoamericanas y sobre el avance de la modernización y la globalización cultural sobre las mismas comunidades rurales, enseñan que los límites entre lo rural y lo urbano son cada vez más difusos. Frente a la pérdida del valor explicativo de categorías antinómicas y exclusivas como las de campo y ciudad (Ferguson 1992), es sin duda de mayor utilidad un enfoque que se sustente en la noción de redes sociales que articulan experiencias urbanas y rurales (Alber 1999 [1990]; Paerregaard 1997, 2000).

Para el caso andino, la influencia de los emigrados en las comunidades de origen y la importancia que, a la vez, éstas siguen teniendo en los migrantes,⁸ así como los movimientos de personas, bienes, recursos y capital social y cultural entre diferentes espacios, enseñan que los estudios de las comunidades rurales y de la migración urbana son campos relacionados de investigación y que ambos deben ser incluidos en un solo análisis y que es necesario explorar no sólo los vínculos actuales entre esos dos mundos, sino también profundizar en la historia de los mismos (Alber 1999 [1990]; Paerregaard 1997, 1998, 2000).

Estudios recientes sobre los Andes señalan que, dadas sus características, los desplazamientos de las personas entre las zonas rurales y las ciudades se pueden englobar mejor con el concepto de movilidad (Alber *op cit*). El término migración remite al viaje sin retorno de los estudios clásicos insertos en un sistema teórico dualista y unidireccional.⁹ Para la comprensión de la movilidad andina campo-ciudad y el nuevo contexto de desterritorialización, pueden ser de mayor utilidad los resultados de los estudios sobre las migraciones internacionales, que muestran la vigencia de redes de diverso tipo entre los migrantes y sus países de origen, que ha dado lugar a la conformación de comunidades transnacionales (Glick, Basch y Blanc-Szanton 1992, 1995; Glick 1999; Guarnizo 1998, 2001).¹⁰ Precisamente de un juego con este último término, proviene el senti-

do de comunidad «translocal» que hemos adoptado para intentar definir una comunidad de personas cuyas redes sociales se extienden actualmente mucho más allá del espacio histórico tradicional.

La imagen de la comunidad plena

Los censos muestran que a partir de la década de los años 1950 la población de las comunidades rurales aymaras empieza a disminuir drásticamente y se inau- guraran potentes flujos de emigración hacia las ciudades.¹¹ Los archivos documentales, los censos, las entrevistas y los registros genealógicos señalan que antes de ese momento las comunidades tenían una mayor cantidad de habitantes, los grupos familiares eran más amplios y las estructuras demográficas del sector rural habitado por los aymaras eran «normales» por sexo y edad. En la memoria de los comuneros este es el periodo, cuando había muchos niños en los poblados, las escuelas tenían muchos alumnos,¹² años en que llovía mucho más, no faltaba agua, había mejores pasturas y los rebaños eran más grandes.

Existía una buena demanda y mejores precios o tasas de cambio para la producción agropecuaria. En los valles bajos con mejor calidad de suelos y aguas se producían hortalizas, fruta y vino; en los menos favorecidos, maíz, trigo y, especialmente, alfalfa para la crianza de animales.¹³ En la precordillera, a los cultivos tradicionales de maíz y papas, se había introducido el orégano, un cultivo netamente comercial; a lo que se agregaban grandes extensiones de alfalfa, que permitían sostener, aparte de camélidos, una relativamente importante masa de vacunos, corderos y mulares empleados en el arrieraje, el medio de transporte de la época. Para su pastoreo también aprovechaban el forraje natural que crecía en los cerros vecinos a las comunidades, desde donde, además, extraían leña y elaboraban carbón, que demandaban los centros urbanos cuando no se introducía todavía el petróleo y sus derivados. En el altiplano, de orientación netamente ganadera, la producción de carne de camélido se destinaba no solamente al consumo familiar, sino que llegaba prácticamente a todo el sector rural vía intercambio, al que se agregaban lana, tejidos y cordelería. En el sector sur, en lo que corresponde a la actual comuna de Colchane y los altos de la de Pica, se cultivaba además quinoa y papa. Por toda la zona rural también fluía un tráfico importante de mercaderías de contrabando fronterizo. Sin embargo, incluso en esos momentos, no se trataba de comunidades aisladas o «cerradas». Todavía fun-

cionaban a plenitud los intercambios entre zonas rurales, entre el altiplano boliviano y chileno con los valles, entre los valles bajos y los altos. Pero, también existían puntos de venta en las mismas zonas rurales. Las comunidades aymaras abastecieron de leña y carbón, además de productos agropecuarios, a ingenios mineros como Choquelimpie, Collahuasi, Tacora y otras azufreras; estaciones de ferrocarriles; empresas de construcción y reparación de obras de infraestructura, como las del tren Arica-La Paz, tranques y canalizaciones, escuelas y otras. En los principales pueblos existían también almacenes comerciales, que funcionaban como cadenas de rescatismo de la producción local, a la vez que vendían o cambiaban productos de factura industrial. Junto a extranjeros interesados en el comercio fronterizo, que mantuvieron locales comerciales en puntos precordilleranos como Chiapa o Chusmiza, se encuentran también un estamento de «comerciantes» de origen aymará, que se había consolidado especialmente en los valles. Asimismo, parte de la producción agropecuaria de las comunidades se vendía en las ciudades costeras, los poblados de la pampa y las oficinas salitreras.¹⁴

Las comunidades también estaban conectadas en otros planos con el exterior. Desde finales del S. XIX, para inscribir sus tierras o realizar otros trámites legales tenían que bajar necesariamente a Arica, Pisagua e Iquique (y antes también a Tacna). El servicio militar captaba a la población masculina joven, que cumplía el período de conscripción en las ciudades de la costa. Las historias de vida muestran que, incluso, algunos de ellos migraron posteriormente a otras ciudades del Norte Chico o la zona centrosur del país y que otros se enrolaron en el mismo ejército (muchos como músicos). La emigración, aunque no con el carácter explosivo que tendrá la que se inicia a partir de los años '1950, ya tenía antecedentes, especialmente en los valles más bajos. De estos primeros migrantes emerge un primer estamento de aymarás «urbanos», ligados a actividades comerciales y de transporte.¹⁵ El trabajo asalariado también había alcanzado el propio sector rural, cuando algunas personas se emplearon como trabajadores ferrocarrileros, de las fuerzas armadas y de orden, las que, contratadas en el interior, se trasladan después a las ciudades. Por otro lado, también estuvieron conectados al mundo laboral salitrero, especialmente personas de los valles más cercanos a las oficinas de la pampa.

Reconociendo que no estaban aisladas, las comunidades podían reproducirse en sus espacios históricos. La

emigración, si existía, era de menor cuantía y principalmente temporal o estacional. Lo mismo ocurría con el acceso a trabajo en estructuras de empleo no agropecuarias. Si bien estaban conectados económicamente con otros sitios, vía intercambio a tasas convenidas o el comercio, la producción agropecuaria seguía siendo la principal y se basaba en los recursos que podían encontrar en sus propias comunidades. Si algo faltaba o no se producía, se conseguía por trueque o compra en la misma localidad o en otras, incluso la ciudad. La comunidad funcionaba y le daba sentido a la vida económica, social y cultural de sus miembros. Se trataba, efectivamente, una comunidad «plena» y es su imagen la que se utiliza en contraste con las comunidades en «crisis» de hoy.

La crisis demográfica

La cantidad de población aymara rural ha disminuido si se la compara con la que existían hasta la década de los años 1940. Por otro lado, la estructura de edad señala un claro «envejecimiento», ya que la emigración afecta principalmente los estratos entre los 15 y los 50 años, precisamente las edades más atractivas para las estructuras de empleo urbanas. De esta manera, los números parecen confirmar el pesimismo reinante sobre el destino de las comunidades aymaras. Sin embargo, este mismo cuadro se viene repitiendo desde el Censo de 1960; es decir, han pasado poco más de cincuenta años y todavía no se ha producido el esperado colapso demográfico. Con variaciones mínimas de un censo a otro, las comunas rurales mantienen aproximadamente la misma cantidad de habitantes¹⁶ y la misma estructura demográfica «envejecida». ¿Qué está ocurriendo entonces?

Si no se ha producido el colapso demográfico, significa que desde las ciudades está regresando población a estas comunidades o está siendo reemplazada por personas que descienden de forma escalonada desde áreas más altas. Si bien es cierto que emigran los individuos ubicados en los estratos de edad educacional o laboralmente activas, regularmente están retornando «viejos» urbanos para reemplazar a los que fallecen,¹⁷ de la misma manera que siempre permanece un porcentaje de matrimonios jóvenes que, siguiendo un ciclo que se repite reiteradamente, ven partir a sus hijos, a los que acompañan su madre o otro pariente mayor, cuando alcanzan las edades en que no existe oferta escolar en el sector rural. En el caso de los individuos que llegan desde los sectores más altos (incluido Boli-

via), generalmente aprovechan el mercado de tierras en aparcería (en algunos casos venta) que entregan los migrantes que siguen manteniendo predios en su poder.

El regreso de población cuestiona la unidireccionalidad de los flujos migratorios campo-ciudad, que siempre son tratados simplemente como traspasos definitivos de población rural a los centros urbanos (A → B). Pero, decir que existe migración de retorno no es suficiente, no sólo porque seguimos dentro de la misma lógica dual (ahora B → A), sino también porque ocultaríamos la complejidad de los movimientos de la población. Los antecedentes muestran un flujo y reflujo constante de personas dentro del mismo sector rural y las áreas urbanas, por motivaciones sociales, culturales y económicas.¹⁸ Esta alta movilidad da cuenta de la ejemplar capacidad de adaptación de los aymaras chilenos a los nuevos contextos que enfrentan. Antiguamente también se desplazaban, para intercambiar o vender su producción, comprar lo que les hiciera falta, trabajar en otros sitios, realizar trámites u otras diligencias, pero se mantenían con sus familias en las comunidades de origen. Actualmente los desplazamientos son más mucho complejos y responden a nuevos requerimientos. Ahora no sólo existe movilidad al interior del mismo sector rural, sino también hacia y desde las ciudades. Tampoco las personas deben necesariamente retornar, puesto que se pueden mantener en algún sitio y controlar otros desplazándose periódicamente, escindiendo el grupo familiar, recurriendo a parientes o a otros mecanismos. A través de estos movimientos se configuran redes complejas y cambiantes de desplazamientos, por las cuales los individuos van y vienen, dependiendo de sus estrategias de reproducción económica (y también social y cultural)¹⁹ y los acomodos familiares e institucionales que despliegan.

Lo anterior enseña que, desplegando una vez más su notable capacidad de agencia, los aymaras del norte de Chile han hecho de la anormalidad demográfica, producida por los impactos económicos y sociales de la emigración a las ciudades, un «ajuste» estructural que, al contrario de lo que se piensa, permite todavía la supervivencia «cultural» de la misma comunidad rural. Es necesario asumir que el «despoblamiento rural» forma parte de una nueva y compleja situación estructural, que para comprender lo que ocurre en las comunidades interiores hay que examinar también lo que ocurre con su prolongación en la ciudad, que el espacio de vida comunal ya no se limita o circunscribe a lo que acontece solamente en los límites territoriales de la

comunidad de asiento rural. Para entender las nuevas estructuras demográficas se necesita no una lente fija que sólo enfoque lo rural, sino un zoom que permita alejarse para abarcar tanto lo rural como lo urbano, además de un suficiente grado de definición para detectar las huellas que dejan los movimientos de las personas que transitan de un lado a otro dentro del cuadro de exposición.

Economía y comunidad

Ciertas características de los sistemas de producción permiten también la movilidad de las personas, al disminuir la demanda de fuerza de trabajo durante ciertos periodos del ciclo productivo agropecuario anual. En el altiplano, la ganadería extensiva no requiere de gran inversión de fuerza de trabajo, ya que las labores se limitan principalmente a vigilar los animales, tareas que realizaban normalmente las mujeres y los niños de ambos sexos y que actualmente han quedado a cargo de personas de mayor edad. Los hombres en edad laboralmente activa se pueden liberar de estas tareas, participando sólo cuando los encargados habituales no pueden hacerlo (porque los menores asisten a la escuela, la mujer viaja o está enferma), existe poca fuerza de trabajo en la unidad doméstica (matrimonios solos) o en ciertos momentos del ciclo anual de pastoreo (pariciones, separación del rebaño, búsqueda de animales, tratamientos, traslado estacional). En la precordillera, en tanto, existen restricciones climáticas que limitan la producción agrícola durante el periodo invernal, ya que el ciclo de cultivos anuales se realiza entre septiembre y mayo, por lo que durante junio y agosto existe menor requerimiento de trabajo, reducido al riego de cultivos permanentes como la alfalfa y el orégano, además de la ganadería, cuya importancia ha ido disminuyendo notoriamente en las últimas décadas. En los sectores más bajos, donde las condiciones climáticas permiten la realización de cultivos durante todo el año, en los valles frutícolas, aparte del regadío y ciertos cuidados puntuales, la mayor demanda de trabajo se produce durante la etapa de cosecha, que se concentra entre enero y mayo. En otros valles de esta área, donde la calidad de las aguas limita la producción frutícola, predomina normalmente la alfalfa, cuyos riegos son muy espaciados y demanda mayor trabajo en ocasión de los cortes que se realicen durante el año. En todos los sectores agrícolas de valles, el tamaño de los predios tampoco es tan grande como para demandar una gran cantidad de mano de

obra durante los momentos críticos del ciclo productivo anual.

Los periodos de «ocio» en el ciclo productivo agropecuario, permiten liberar a parte de los miembros del hogar para el desempeño de otras ocupaciones o actividades en otros lugares.²⁰ En la misma dirección apuntan una serie de acomodados destinados a satisfacer los requerimientos de fuerza de trabajo permanentes, como el pastoreo en el altiplano o el regadío y otras tareas menores en los valles, que se dejan a cargo de personas mayores. Estos arreglos tienen que ver normalmente con la escisión de los grupos familiares, que mantienen sistemas de doble e, incluso, triple residencia, según los diferentes espacios donde mantengan intereses. En otras ocasiones se recurre a otros parientes o vecinos o, derechamente, a la contratación esporádica de peones que viven en la propia localidad o que llegan de otras partes, muchas veces de Bolivia. Otro factor que facilita la movilidad de las personas lo constituye la mantención de bienes en las comunidades de origen aún después instalarse en otros sitios. En el altiplano, si bien el manejo de los rebaños es familiar, los animales son de propiedad individual.²¹ Producto de esta situación, en las comunidades existen menos tropas de ganado que familias y los rebaños normalmente incluyen animales de individuos que han emigrado. En este tipo de arreglos son importantes las personas de mayor edad (padres y abuelos) que generalmente se mantienen en el lugar. En el caso de los valles, los catastros de propiedad señalan que buena parte de los propietarios reside fuera de la localidad, principalmente en las ciudades. Estas personas pueden ocupar la propiedad, para lo cual acuden a la comunidad sólo en épocas de trabajo agrícola o para regar los predios (para lo cual también pueden llegar a acuerdo con parientes o vecinos). Otros las entregan a terceros mediante convenios que pueden suponer la cancelación de renta, generalmente arriendos o acuerdos de mediería. Algunos también recurren a convenios que no suponen pago, al menos no un canon es-

tablecido, que adoptan la forma de «cesiones» o «custodia» temporales y operan mayormente entre parientes cercanos, que han heredado partes de una misma propiedad, pero cuyo tamaño no permitiría su explotación independiente y la subsistencia económica del propietario si permaneciera en la localidad.²²

La movilidad también se relaciona con las variaciones en los precios de los productos o el aprovechamiento de oportunidades de mercado. Entre los años 1992 y 1998, la creación de una cooperativa campesina permitió un aumento del valor del orégano, lo que provocó un retorno de población y un crecimiento de la producción agrícola y, por ende, de los ingresos prediales, en el cordón de comunidades ubicadas entre Socoroma y Ticnamar (precordillera de la comuna de Putre). Lo mismo ocurrió, desde fines de los años ochenta hasta mediados de los noventa, con la introducción del ajo en el altiplano de la comuna de Colchane, con cuya cosecha podían salir al mercado en época diferente a la de los valles, para lo cual los ganaderos aprovecharon la experiencia que habían adquirido en sitios de esta última área, como Camiña o Sibaya.²³ También ocurrió en los años 1980, con el boom que experimentó la venta de carne de camélido en las ciudades, cuando la crisis económica extendió su consumo en los barrios marginales, situación que permitió incluso la emergencia de un estamento de aymaras propietarios de carnicerías urbanas que operaron como rescatistas hacia el interior y que se han mantenido después en este mismo rubro, pero incorporando otros tipos de carnes. Las crisis en los precios por competencia (como aconteció con el orégano y la carne camélida) o problemas de plagas (como ocurrió con el ajo), terminan provocando el proceso inverso, esto es, el abandono de las comunidades, una contracción en los volúmenes de producción y de los ingresos agroganaderos. Estos ejemplos enseñan no sólo la complejidad de los movimientos poblacionales, sino también la labilidad de las estrategias económicas y el oportunismo de la activación o contracción de la producción agropecuaria entre los aymaras.

Cuadro 1: Composición de ingresos familiares mensuales en comunide aymaras

Área	Ingresos Prediales*		Ingresos Extraprediales		Total	
	\$	%	\$	%	\$	%
Altiplano	75.432	52.8	67.561	47.2	142.993	100.0
Valle Alto	85.780	57.9	62.372	42.1	148.152	100.0
Valle Bajo/Oasis	64.377	47.1	72.318	52.9	136.695	100.0
Total	78.324	51.7	73.125	48.3	151.449	100.0

* Ingresos prediales en valores netos

Actualmente la producción agropecuaria proveniente de la explotación predial no explica la reproducción económica de las familias comuneras, ya que representan sólo alrededor de la mitad de sus ingresos totales (véase cuadro 1).²⁴ Sin embargo, esta tendencia se revierte cuando existe una mejor articulación con el mercado. Esto ocurre, por ejemplo, en las comunidades del valle de Camiña o en Sibaya,²⁵ cuya producción de maíz, ajo, zanahoria y otras hortalizas se comercializa bien (y ha ocurrido también antes con otros productos en distintos lugares, como lo muestran los ejemplos del párrafo anterior). Sólo cuando no existen oportunidades rentables de mercado para sus productos, la familia contrae sus niveles de producción agropecuaria a niveles de autoconsumo y recurre, además, a sistemas de reproducción económica de mayor complejidad y diversidad. Esto explica los altos porcentajes de la producción predial que se destinan actualmente al consumo familiar (véase Cuadro 2).²⁶

Esto es, cuando más conectados parecen estar con las ciudades y los procesos de modernización, más se orienta la producción agropecuaria al autoconsumo. Sin embargo, no estamos frente al regreso una economía de «autosubsistencia», puesto que los hogares procuran obtener entradas monetarias por otras vías, lo que se advierte en la importancia de los ingresos extraprediales, que han aumentado no sólo en monto sino también en diversidad. El incremento del autoconsumo debe relacionarse más bien con las dificultades que encuentran para la colocación de sus producciones en los mercados locales y regionales, en las restricciones ambientales y culturales para aumentar sus volúmenes de producción o introducir nuevos cultivos y tecnología, así como la falta de capital y de políticas gubernamentales más efectiva de asistencia y apoyo productivo.

Cuadro 2: Orientación de la producción predial anual familiar en comunidades aymaras

Área	Autoconsumo		Ventas		Total	
	\$	%	\$	%	\$	%
Altiplano	697.992	77.1	207.192	22.9	905.184	100.0
Valle Alto	667.085	64.8	362.275	35.2	1.029.360	100.0
Valle Bajo/Oasis	373.221	48.3	399.303	51.7	772.524	100.0
Total	583.448	62.1	356.440	37.9	939.888	100.0

En el altiplano, el mercado de carne camélido se encuentra deprimido y sólo sigue teniendo relativa importancia en Guallatire, sostenido por un grupo de comerciantes originarios de esa zona que, recurriendo a sistemas de doble residencia o acomodos familiares, mantienen ganado propio y compran a terceros para abastecer sus carnicerías en la ciudad de Arica.²⁷ En el altiplano sur, la papa y la quinoa se destinan al consumo familiar, mientras que la producción de ajo ha disminuido notoriamente por la introducción de plagas y la competencia de otras zonas. En la precordillera, la mayor parte de la superficie de cultivo está cubierta con alfalfa. Aunque en algunas comunidades se sostiene una ganadería comercial (como en Putre o Mamiña), en la mayoría se destina a alimentar animales para el consumo del hogar o la remesa de carne a miembros del grupo familiar que residen en las ciudades. La producción de orégano se encuentra afectada por los bajos precios impuestos por los mayoristas que controlan las cadenas de mercadeo. En la mayor parte de los valles de este sector, los cultivos se restringen a la diada tra-

dicional de maíz y papas, que se destinan casi enteramente al autoconsumo o se regalan a familiares residentes fuera de la localidad. En el caso de los valles bajos, en aquellos que cuentan con aguas de mejor calidad predomina la fruticultura, con plantaciones viejas y en alta densidad, lo que afecta su productividad. Aunque en los últimos años existen mejores precios para las frutas tradicionales y se han incorporado otras comercialmente más atractivas (como paltos, mangos, pomelos y otros cítricos), los volúmenes son muy bajos en comparación con lo que llega de las regiones del centro y el sur del país. En los otros valles de esta zona, también predominan grandes extensiones de alfalfa y se cultiva maíz especialmente adaptado a condiciones salinas, aunque en algunos lugares se han introducido otros cultivos más comerciales (como zanahoria, ajo o cebollas).²⁸

Las condiciones ambientales plantean también severas restricciones a la producción agropecuaria. En el altiplano, la nieve o la sequía afectan la disponibilidad de forraje y provocan normalmente una alta mortandad

de animales, especialmente en épocas de parición. De esta manera, desde hace ya muchos años se mantiene estancada la masa animal en alrededor de 100.000 camélidos y de 30.000 ovinos.²⁹ En esta misma área, el frío no permite las siembras, con excepción de algunos cultivos experimentales en invernadero que se han introducido en los últimos años en pequeña escala y de lo que ocurre en el altiplano sur, en las comunas de Colchane y Pica, donde a menor altura y en condiciones microambientales favorables se siembra quinoa, papa y ajo. En la precordillera, las bajas temperaturas invernales y las bruscas variaciones diurno-nocturnas la noche, limitan la actividad agrícola al periodo estival.³⁰ En toda la zona de valles la disponibilidad de aguas es escasa y puede llegar a ser extremadamente crítica en momentos de sequía, lo mismo que cuando se producen años extremadamente lluviosos y las avenidas destruyen los sectores de cultivo y la infraestructura de riego próximos a los cursos superficiales. Los valles más bajos, pese a que presentan la posibilidad de cultivar todo el año, en general, tienen mayor problema con el abastecimiento de aguas para regadío. Algunos también presentan una pésima calidad de suelos y aguas. Estas limitaciones ambientales determinan que el conjunto de los valles del área de comunidades históricas sume apenas 2.700 has de superficie bajo riego, una cantidad ínfima si se la compara con otras regiones del país o las 4.600 has que existen en la misma región en el área parcelaria compuesta por Lluta, Azapa y Pica-Matilla.

También existen prácticas sociales y culturales que impiden un mayor desarrollo de la producción agropecuaria. En el altiplano, pese a que se ha estancado la población, existe indudablemente un mayor número de tropas y animales que antaño. Esto se ha producido por una mayor segmentación de los grupos familiares, ya que si antes un grupo familiar amplio (padres e hijos casados) mantenía un solo rebaño, actualmente cada familia nuclear tiende a mantener el propio (al que se agregan sólo los animales de los hijos o hermanos migrantes). Esta situación se observa en la cantidad de detentores de derechos que actualmente tienen las propiedades (estancias), siendo que a comienzos del siglo XX sólo tenían uno o dos grupos familiares en su interior.³¹ En los valles las explotaciones son, en general, de tamaño muy reducido y, además, se componen de varios predios ubicados en distintos sectores de las áreas de cultivo que rodean los poblados. Aunque la dispersión predial se puede relacionar con la posibilidad de acceder a terrenos con condiciones

micro ambientales diferentes, si se analiza lo que ha ocurrido es un hecho que se ha agudizado un proceso de fragmentación de la propiedad entre los herederos, producto principalmente del sistema de herencia bilineal imperante en este sector.³² Otro factor limitante es la costumbre de seguir manteniendo los terrenos, aún después de haber emigrado de la comunidad, que determina la presencia de sistemas de tenencia precaria que se resuelven normalmente bajo modalidades de entrega a terceros sin renta o a bajo valor, por la virtual inexistencia de un mercado de tierras.³³ En todos los sectores, además, normalmente los títulos de propiedad no se encuentran actualizados, lo que dificulta todavía más el traspaso por mecanismos de compraventa y el funcionamiento de un mercado de tierras.

El reducido tamaño de los predios, el sistema de tenencia precaria y los problemas de regularización del dominio, generalmente impiden la consecución de capital para ampliar la producción o invertir en nuevas tecnologías. De esta manera, la asistencia gubernamental para el desarrollo agropecuario, que básicamente limita su accionar a la entrega de crédito, ha terminado por declarar como «inviabile» a prácticamente todo el campesinado del área de comunidades históricas. Lo mismo ha ocurrido con su apoyo a la introducción de técnicas más eficientes de regadío, ya que la fragmentación predial prácticamente hace imposible la entrega de este tipo de subsidios. De esta manera, la intervención estatal en esta área ha terminado limitándose a la entrega de aportes eventuales (por ejemplo, pasto en casos de sequía), el apoyo a la asociatividad con resultados diversos y, principalmente, la inversión en mejoramiento de la infraestructura de riego comunitaria.

Pero, la mantención de los actuales niveles de productividad agropecuaria también se relaciona con la posibilidad alternativa de diversificar las estrategias de reproducción económica, en las mismas localidades, en otras o derechamente en las ciudades. Esto explica la incidencia que han ido adquiriendo los ingresos extra prediales dentro de la composición total de las entradas familiares. De hecho, si se compara con lo que ocurría años antes, este tipo de ingresos ha aumentado no sólo en importancia, sino también en diversidad. Esto significa que, frente a la imposibilidad de aumentar su producción agropecuaria, por condiciones estructurales internas o por ausencia de mercado atractivo, ésta se contrae o se mantiene a límites de consumo, pero no necesariamente se abandona la comunidad, sino que se incorporan otras actividades e ingresos que se consiguen fuera del predio y se realizan los acomodo-

dos familiares o sociales pertinentes para mantener la explotación predial.

Las actividades e ingresos no agropecuarios se han hecho mucho más diversos. La práctica del trabajo temporal no es nueva,³⁴ la diferencia es que aparte de crecer su incidencia, ha aumentado su radio de alcance (dentro del mismo sector rural y en las ciudades), se realiza ahora casi enteramente bajo patrones monetarios y ya no principal o exclusivamente en la agricultura. Las posibilidades se han abierto, incluso, en las mismas zonas rurales, donde se ha agregado el empleo por periodos en obras viales, de infraestructura hidráulica o construcciones que realiza el gobierno. En las mismas comunidades también pueden encontrar algunos puestos estables de trabajo ofrecidos por los servicios públicos, como encargados de aseo o manipuladoras de alimentos en las escuelas. Actualmente también es frecuente que algunos miembros del hogar se empleen en otros sitios como la ciudad,³⁵ que la mayor parte de los habitantes del sector rural ahora tiene casa en los sectores urbanos de la región.³⁶ También han adquirido mayor importancia las ocupaciones por cuenta propia, principalmente las relacionadas con el comercio y el transporte, dos actividades que, de alguna manera, se entroncan con las antiguas tradiciones del intercambio a tasas convenidas, el caravaneo y el arrieraje y con la alta capacidad de movilidad que siempre ha mostrado la población andina. Aunque a veces en montos y a escala reducida, estas actividades ayudan a la economía familiar. Ocurre así cuando en ocasión de algún viaje aprovechan para fletar carga de terceros o traen mercaderías que venden en la misma comunidad. Este tipo de negocios también se puede prolongar hacia la ciudad, cuando mantienen algún almacén en

las barriadas donde tienen sus casas o en terminales agropecuarios, ya sea de manera ocasional o permanente cuando se hace cargo algún miembro del hogar que reside de manera más o menos estable en el centro urbano.

En relación con la mayor conexión de las familias con el mundo urbano, poco a poco han ido adquiriendo gran importancia los ingresos correspondientes a aportes de terceros, que en general corresponden a remesas en dinero o mercaderías que periódicamente envían hijos u otros familiares que viven en las ciudades. Entre la población originaria de los valles, especialmente de los más bajos, también aumenta la importancia de jubilaciones (o montepíos en el caso de viudas). Se trata, en este caso, de personas que han concluido su vida laboral en las ciudades y retornan a sus comunidades en busca de una vida más apacible y para las cuales la producción agropecuaria es menos importante. Pero uno de los rubros de ingreso monetario más importantes, lo constituyen los subsidios estatales en dinero que se entregan por asignaciones a menores y pensiones a ancianos y discapacitados. A ellos se deben agregar otros aportes no monetarios que reciben por asistencia en salud y, principalmente, por alimentación de los alumnos en las escuelas. Paradójicamente, más que el apoyo directo al desarrollo la producción agropecuaria misma, son estos subsidios en dinero los que han tenido un mayor impacto como factor de «retención» de población. Ellos constituyen un mecanismo de consecución monetaria que se podría relacionar justamente con las estructuras demográficas «anormales» que presentan las comunidades, en la medida que quienes no los reciben son precisamente las personas ubicadas en los rangos de edad más impactados por la emigración.

Cuadro 3: Distribución relativa del gasto familiar no productivo en comunidades aymaras

Área	Alimentación	Servicios	Educación	Salud	Transporte	Festivo religioso	Otros	Total
Altiplano	61.5	1.5	2.7	1.0	11.1	18.5	3.8	100,0
Valle Alto	62.9	2.3	1.5	1.6	12.2	15.3	4.2	100,0
Valle Bajo/Oasis	61.3	2.5	3.8	2.2	11.9	13.9	4.4	100,0
Total	61.6	2.2	3.1	1.7	11.4	16.0	4.0	100,0

La obtención de dinero está relacionada con el comportamiento del gasto de las unidades familiares aymaras (véase cuadro 3). Dentro de la canasta alimenticia, actualmente tienen una gran importancia relativa los artículos de procedencia externa, lo que demuestra una agudización del proceso de monetarización del consumo que ya se evidenciaba años antes. Otro cambio es la relevancia que han asumido los gastos

derivados de la prolongación urbana de los hogares, ya que deben asumir sus costos de mantención, a los que ayudan generalmente los ingresos percibidos por los miembros del hogar que permanecen y trabajan en las zonas urbanas. Asimismo, los hogares han también debido incorporar nuevos gastos en sus propias comunidades, producto del mejoramiento del acceso a servicios básicos a la vivienda, como luz y agua. Compa-

rado con años anteriores, se observa un aumento de la incidencia de los gastos en educación y en transporte. Los primeros se relacionan con una fuerte demanda por mayores niveles educacionales, lo que afecta a los grupos familiares encabezados por parejas más jóvenes, con hijos estudiando en la ciudad, que deben destinar recursos obtenidos en el sector rural para financiar su inserción urbana. Los segundos con el aumento de los viajes hacia otras localidades y centros urbanos, dada la alta movilidad que presentan hoy en día las familias. De hecho, la gran mayoría de los grupos familiares ha incorporado vehículos motorizados a los bienes del hogar; cuando no los tienen, deben desembolsar dinero para pasajes en las líneas de transporte público que ahora corren por el sector rural.

Conclusiones

Lo expuesto enseña que la crisis poblacional de las comunidades aymaras tiene ya algo más de cinco décadas y que no se ha producido el colapso demográfico esperado. La disminución de la población con residencia permanente y la «anormalidad» de las estructuras de edades se deben entender más bien como un ajuste estructural a la nueva realidad postcomunal. No estamos frente a comunidades «incompletas», simplemente ellas se «completan» con sus derivaciones hacia otras zonas del sector rural y, principalmente hacia las ciudades y áreas suburbanas. La comunidad ya no tiene una realización estrictamente «local», es decir, ya no se reproduce dentro de sus límites territoriales históricos. Las redes económicas, sociales y culturales que le dan sentido traspasan ampliamente sus antiguas fronteras. El espacio comunal se prolonga hacia los distintos sitios donde se encuentran dispersos o transitan sus miembros por efectos de la migración o la movilidad. Para ser exactos, habría que decir que actualmente las redes sociales de la comunidad aymara tienen una realización «translocalizada», con individuos y recursos culturales diseminados por puntos múltiples y, además, móviles.³⁷

En este nuevo contexto postcomunal, la distinción tipológica de Wolf (1955, 1957, 1986) entre comunidades «corporadas» (o «cerradas») y «abiertas» parece un anacronismo. Las comunidades aisladas, cerradas e internamente homogéneas sirvieron por mucho tiempo a la caracterización del mundo andino tradicional, en relación de oposición y dominación respecto del mundo criollo urbano moderno.³⁸ Esta aproximación ya no es posible, y no porque se trate ahora de comunida-

des abiertas con un mayor nivel de heterogeneidad y dedicada a cultivos comerciales, sino porque es sencillamente insostenible una imagen del mundo andino confinado a las zonas rurales, reproduciéndose dentro de los límites de la comunidad local, con escaso contacto con el mercado, desvinculada de la sociedad y la cultura nacional. La desterritorialización, los procesos migratorios, los conflictos de poder y otros cambios sociales que han experimentado las comunidades rurales impiden seguir esencializando lo andino en virtud de su supuesto exotismo.

Por otro lado, los datos también enseñan que la economía familiar de los residentes en las zonas del interior no se puede definir sólo y exclusivamente a partir de su condición de pequeños productores agropecuarios. Estamos frente a un nuevo tipo de «campesino», que entra y sale de otras categorías económicas, que puede ser beneficiario de los subsidios monetarios estatales, trabajador asalariado, artesano, comerciante, transportista, etc. No se trata de sujetos condenados a vivir solamente de la producción de sus cultivos y sus animales. En realidad, si algo los caracteriza, es su alto nivel de diversificación económica.³⁹ Esta estrategia no se puede comprender solamente en y desde la comunidad rural local. Las actividades económicas también se han translocalizado e incluyen los espacios urbanos, haciendo difusa la distinción entre campo y ciudad. De esta manera, las comunidades aymaras rurales no pueden seguir siendo consideradas como entidades cerradas y opuestas espacial y económicamente a las ciudades, con las cuales sus miembros sólo se relacionarían para la adquisición de bienes y servicios no autoproducidos y la venta de sus producciones agrícolas (o la emigración cuando falla la capacidad de sostenimiento productivo local). Las comunidades están vinculadas económicamente también con el sector urbano de muchas otras formas.

En definitiva, la comunidad aymara no parece estar en la situación «crisis», al menos no una que implique su desaparición, tal como afirman autoridades, funcionarios públicos, algunos científicos sociales y la misma dirigencia indígena. Sus actuales estructuras demográficas, la movilidad y el comportamiento económico de sus miembros, apuntan más bien a un ajuste estructural vinculado a la emergencia de un nuevo tipo de comunidad que tiene una realización translocal, que sobrepasa sus límites territoriales históricos. La noción de comunidad aplicable a la realidad actual no puede ser definida como en el pasado ni desde una vertiente tradicionalista roussoniana (o «amática») como lo que-

rían algunos intelectuales indígenas). La historia reciente indica que las comunidades aymaras del norte de Chile se han desruralizado, se han translocalizado y, además, se han descampesinado. Es hora, por tanto, de abandonar aquellas representaciones de las mismas que la condenan a la «postración» o la «desintegración», utilizando como base de comparación una comunidad «tradicional» atemporal. Con ese procedimiento, aparte de descuidar uno de los supuestos fundamentales de la definición de cultura, esto es, su posibilidad de cambio y transformación, se niega a los propios sujetos toda capacidad de agencia frente a nuevas realidades.

Notas

¹ Este trabajo forma parte de los resultados de un proyecto financiado por Fondecyt (Nº 1060973).

² De acuerdo al último censo nacional del 2002, un 78,5% de la población aymara chilena tiene residencia urbana, principalmente en las ciudades de Arica e Iquique. La importancia de este fenómeno, que había sido ya anticipado por algunos investigadores (Van Kessel 1988; González y Gundermann 1989; S. González 1990), ha tenido escasa consecuencia en la generación de conocimiento antropológico, ya que la situación de este pueblo sigue siendo abordada como si fuese exclusivamente una «cuestión» rural.

³ Autoridades y funcionarios gubernamentales, así como los propios aymaras y sus dirigentes, sostienen que por la emigración en las comunidades aymaras sólo quedan los «viejos» y muy pronto no quedará nadie. Las noticias de la prensa regional, los diagnósticos y planes de desarrollo rural coinciden en la urgencia de retener población a través de medidas que contribuyan al mejoramiento de las condiciones sociales y económicas de estos indígenas. Como resabio de la política geopolítica de la dictadura militar, todavía se sigue vinculando esta necesidad con una cuestión de soberanía: la ocupación territorial de áreas de frontera.

⁴ La representación de la comunidad andina en «crisis» o en proceso de «descomposición» ha sido alimentada desde las ciencias sociales, que han seguido la tesis de van Kessel (1980, 1982 y 1988) sobre el «holocausto» aymará frente al «progreso». Incluso la acción de los organismos no gubernamentales, tan importantes en la generación de conocimiento sobre este pueblo en los años de dictadura (Arriaza 1991), respondió a este mismo diagnóstico de la realidad comunal y estuvo signada por la urgencia del «rescate», la «revalorización» y la «denuncia».

⁵ Para muchos las comunidades siguen siendo el reducto principal de la «tradicionalidad». De allí que la emigración a la ciudad y el modelo de vida urbano sean

interpretados como pérdida absoluta de identidad cultural. Siguiendo este esquema explicativo, la ciudad ha sido incluso representada como la figura del «diablo» por J. van Kessel (1980).

⁶ Se trata de un estudio financiado por Fondecyt, que aborda este tema de manera comparativa entre los pueblos aymara, atacameño y mapuche.

⁷ El proceso de desterritorialización provocado por las migraciones no puede entenderse dentro de modelos como el del continuo rural-urbano propuesto por Redfield (1947), que oponía el campo-tradicional a la ciudad-moderna, y que caracterizó la antropología norteamericana preocupada del cambio social y los procesos de modernización en América Latina entre los años 1950-1970.

⁸ De acuerdo a Paerregaard, la comunidad de origen representa «not only as an imagined place but as a practiced space» (1998: 398).

⁹ Que siguió por casi más de un siglo los postulados de E.G. Ravenstein ([1885]1976). M. Kearney (1986) ofrece un recuento de los estudios antropológicos sobre migración y su relación con las teorías modernistas y dependentistas del desarrollo hasta la mitad de los años 1980.

¹⁰ Se puede consultar el trabajo de Levitt y Jaworsky (2007) para un recuento más actualizado de los avances en el estudio de las comunidades transnacionales. Los trabajos sobre la migración indígena mexicana a EEUU apuntan en el mismo sentido y dan cuenta, además, de la influencia de los migrantes en la economía y la cultura de sus comunidades de origen, en especial sobre la importancia de las remesas en dinero (Kearney y Nagengast 1989; Cornelius, 1990; Massey y Basem 1992; Kearney 1995; Cohen 2001; Binford 2003; Cohen y Rodríguez 2005).

¹¹ Las causas que explican la emigración tienen que ver fundamentalmente con crisis relativamente cíclicas de los recursos naturales (como sequías/inundaciones), que provocan contracciones en la producción agropecuaria; un evidente desequilibrio entre la capacidad de sostenimiento productivo del medio y el crecimiento de la población, dados los niveles de desarrollo tecnológico existentes; y la pauperización de sus economías familiares por condiciones desfavorables en su articulación mercantil; a las que se agrega posteriormente el acceso a educación para los hijos (González 1996a, 1996b)

¹² Listados de escuela y matrícula se pueden consultar en el libro de S. González (2002) sobre el avance de la educación pública en las comunidades aymaras del interior de la región.

¹³ Algunos valles presentan una pésima calidad de suelos y aguas, por lo que sólo permiten el cultivo de alfalfa y variedades de maíz especialmente adaptadas a condiciones salinas. Aquellos con mejores condiciones

permiten el cultivo de distintos tipos de hortalizas y son aquellos donde generalmente se encuentran las plantaciones frutícolas en las cotas más bajas. A los primeros generalmente se les conoce como valles «salados», en tanto que los segundos son catalogados como valles «dulces» (Álvarez 1990).

¹⁴ En Arica, por ejemplo, todavía se recuerda la ubicación de tambos que servían para alojar a los viajeros del interior y sus animales. Los comerciantes ariqueños tenían «comisionistas» que esperaban a la entrada de la ciudad a los productores aymaras para captar sus mercaderías. Importantes empresarios de esta ciudad, especialmente de origen extranjero, que se asocian normalmente con el posterior auge comercial iniciado por el Puerto Libre, fueron antes «rescatistas» de productos del interior.

¹⁵ Curiosamente, se trata de actividades por cuenta propia que anticipan la misma tendencia que ocurrirá con los migrantes de los años cincuenta en adelante (González 1996a, 1997).

¹⁶ Desde los años sesenta la población aymara rural se mantiene en alrededor de 13.500 personas, sólo comparable a la cifra del censo de 1907.

¹⁷ Las personas que retornan desde las zonas urbanas son individuos en edad no atractiva para los mercados laborales urbanos o jubilados. También pueden volver otras personas para reemplazar al pariente (padre o hermano mayor) fallecido o imposibilitado que estaba a cargo de la explotación.

¹⁸ Junto a las personas, como es obvio, transitan bienes, mercaderías, además de capital social y cultural.

¹⁹ Presente en la importancia que los emigrados asignan a su participación en las organizaciones de la comunidad, para lo que procuran asistir a reuniones donde asumen obligaciones, deberes y derechos comunitarios o la representan en trámites y gestiones que se realizan en las ciudades. Pero, quizás la afirmación más importante del compromiso comunitario se manifiesta en la participación en las festividades comunales, a las que siguen asistiendo incluso cuando han dejado de tener presencia social y económica en la comunidad.

²⁰ La excepción la constituyen ciertas áreas de valles más dinámicos económicamente, como Camiña, donde se combina en un mismo predio, la producción de ajo y maíz-choclo, por lo que la demanda de trabajo es mayor y más permanente. Lo mismo puede ocurrir cuando se activan coyunturalmente ciertas áreas, como ocurrió con el cultivo del ajo en comunidades del sector altiplánico en la comuna de General Lagos, que fue introducido por la posibilidad de cosechar en temporada distinta a la de valles, donde aprendieron la experiencia. Su producción permitió buenos niveles de acumulación en algunas comunidades que invirtieron en infraestructura comunal.

²¹ Los rebaños se constituyen a partir de regalos de hembras que realizan los padres y eventualmente los padrinos a los niños, hombres y mujeres, con ocasión de la ceremonia del «floreo» de animales (*waiño* o *qillpa*), «cortes de pelo» (ceremonia asociada al bautismo o imposición de nombre) u otros momentos no rituales. Los animales de los niños se mantienen en el rebaño de sus padres, aumentando su número por reproducción, regalos matrimoniales u otras donaciones. Por efectos de la residencia patrilocal, normalmente el ganado de los miembros del linaje o sublinaje se mantienen en rebaño colectivos. Sólo se segmenta cuando una mujer se separa del grupo familiar para residir junto a su esposo y, al cabo de un tiempo, lleva sus animales y los incorpora a la tropa de su marido. Este fenómeno también ocurre cuando las unidades de producción familiar se independizan completamente de los padres, lo que ocurre comúnmente cuando ellos ya son muy ancianos o han fallecido.

²² Por esta vía muchos residentes solucionan el alto nivel de fragmentación de la propiedad existente en los valles agrícolas. Aunque se presenta en todas partes, esta fórmula tiende a predominar en sectores más periféricos respecto de las áreas agrícolas más dinámicas.

²³ La situación y posición de los migrantes altiplánicos en la localidad precordillerana de Sibaya ha sido descrita por J. V. Kessel (1987).

²⁴ En comparación con años anteriores, se percibe una disminución de su importancia relativa dentro de los mecanismos de reproducción económica de los comuneros.

²⁵ Esta activación ha estado principalmente a cargo de inmigrantes de las zonas más altas, que han reemplazado a los habitantes originarios que se han mudado a las ciudades, comprando tierra o consiguiéndola mediante convenios de aparcería.

²⁶ La menor orientación al autoconsumo en los valles bajos está relacionada con la incidencia de la producción frutícola, cuyas condiciones de mercado han mejorado en los últimos años, en base a un nicho de consumo urbano local.

²⁷ En la comuna de General Lagos, algo ha aumentado la venta de vellón que se dirige hacia las laneras del sur peruano vía la feria fronteriza tripartita de Visviri.

²⁸ Este cambio también ha estado a cargo de inmigrantes que han llegado desde las zonas más altas, aprovechando la disponibilidad de tierras existente por la emigración de la población originaria. En el caso de esta última, cuando reside en la comunidad, se trata generalmente de personas mayores que retornan después de vivir en las ciudades, que mantienen pequeñas producciones que destinan principalmente al autoconsumo, viviendo principalmente de otros ingresos, principalmente de jubilaciones o rentas.

²⁹ Si se compara lo que ocurre hoy y lo que ocurría a comienzos de los años cuarenta para la zona del altiplano de Arica, momento para el contamos con una información censal de cierta confianza (Keller 1946), vemos que incluso el número de animales ha crecido, pese a que la cantidad de habitantes ha disminuido. Esto significa que, en el mismo espacio, hoy existe más ganado. Asumiendo la degradación que ello puede significar para la pradera natural por sobre talajeo, este aumento es un mentís a la «crisis» económica actual. También a la propia memoria aymara, que apunta a que antes los abuelos tenían grandes rebaños. Esto, sin duda, es efectivo, pero hoy existen en total más animales, el punto es que están distribuidos en más manos.

³⁰ Con excepción de cultivos permanentes (como la alfalfa y el orégano), el ciclo de cultivos anuales se realiza aproximadamente entre septiembre (inicio de las siembras) y mayo (término de las cosechas).

³¹ Basta ver los titulares de las propiedades que por esa fecha se inscribieron en los registros conservadores de la propiedad por instrucción del gobierno chileno.

³² Este sistema es concordante con la legislación chilena sobre herencia. No ocurre lo mismo en el altiplano, donde se manifiesta un manejo consuetudinario patrilineal, que privilegia el traspaso de los derechos a la tierra por el lado masculino, bajo el supuesto de que las mujeres tendrán derechos en los terrenos de sus maridos por efectos de la regla de residencia patrilocal.

³³ Con excepción de algunos valles económicamente más dinámicos, el mercado de tierras realmente funciona en el área parcelaria, donde el valor de la hectárea es bastante alto.

³⁴ Antes era común que personas del altiplano bajaran a zonas de valles a emplearse en los periodos de mayor demanda de trabajo del ciclo agrícola, aunque muchas veces lo hacían por productos y lo mismo hacían, incluso acudían a trabajar a comunidades bolivianas vecinas, de donde traían quínoa o papas. Los vallesteros, en tanto, podían emplearse en otras zonas más dinámicas, en oficinas salitreras de la pampa o en las ciudades.

³⁵ Ocurre así, por ejemplo, con hijos que con mayores niveles de educación y experiencia urbana trabajan en la ciudad y retornan a la comunidad en periodos de cesantía.

³⁶ La cantidad de apellidos aymaras que aparecen en los listados de seleccionados publicados en los diarios regionales, enseña la forma que los habitantes del sector rural han aprovechado los programas estatales de construcción de viviendas sociales.

³⁷ Por ello parece apropiado lo señalado por M. Kearney para las comunidades Mixtecas y Zapotecas con sus migrantes instalados en California, cuando afirma que se trata de actores que siguen redes de comunicación

(retículas) que no tienen estructura formal, ni principio ni final. La morfología de las redes sociales semejaría una ameba, una criatura con una compleja diferenciación interna, pero sin células u órganos distintivos que pudiesen corresponderse con los componentes sociales de las comunidades corporadas. Además, a diferencia de las comunidades tradicionales, que están encerradas en espacios delimitados, estas amebas pueden extenderse en cualquier y toda dirección (1996: 125).

³⁸ Siguiendo un esquema muy cercano a la definición de colonialismo interno (Johnson 1972).

³⁹ La diversificación de las actividades económicas entre los campesinos ha recibido particular atención por la corriente de la Nueva Ruralidad Latina (Gómez 2002), influenciada por los estudios realizados en los años 1960-1970 sobre las transformaciones de la agricultura familiar europea, donde se desarrollaron conceptos tales como «agricultores a tiempo parcial» (por ej. Gasson 1988), «pluriactividad» (por ej. Kinsella, Wilson, de Jong y Renting 2000) y «multifuncionalidad» de la empresa agropecuaria familiar (por ej. Knickel y Renting 2000). Una nueva manera de comprender la diversificación de actividades del campesinado andino, además de resaltar su capacidad de agencia y desterrar la imagen de víctimas pasivas de las circunstancias, la constituye el enfoque sobre sus estrategias de vida. Esta corriente, que surge en Europa para estudiar la pobreza rural (Chambers 1988) y enfatiza la importancia del actor individual o social (Long 1990), ha sido aplicada en la zona andina por Bebbington en Ecuador (2000) y Zoomers en Bolivia (1998, 1999).

Bibliografía

ALBER, E. 1999 [1990] *¿Migración o movilidad en Huayopampa? Nuevos temas y tendencias en la discusión sobre la comunidad campesina en los Andes*. Instituto de Estudios Peruano, Lima.

ÁLVAREZ, L. 1990 *Etnopercepción Andina del Espacio: Valles Dulces, Valles Salados*. Tesis para optar al grado de Magíster en Historia, Mención en Etnohistoria, Escuela de Postgrado, Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad de Chile, Santiago.

ARRIAZA, P. 1991 *Fuentes bibliográficas para el estudio de los aymaras de Chile*. CREAR, Cuaderno de Investigación Social, Iquique.

BEBBINGTON, A. 2000 Reencountering development: Livelihood transitions and place transformations in the Andes. *Annals of the Association of American Geographers* 90 (3): 495-520.

BINFORD, L. 2003 Migrant remittances and (under) development in Mexico. *Critique of Anthropology* 23 (3): 305-336.

- CHAMBERS, R. 1988 *Sustainable livelihoods, environment and development: putting poor rural people first*, Institute of Development Studies at the University of Sussex (IDS), Discussion Paper N° 240, Brighton, Inglaterra.
- COHEN, J. 2001 Transnational migration in rural Oaxaca, Mexico: Dependency, development, and the household. *American Anthropologist* 103 (4): 954-967.
- COHEN, J. y L. RODRÍGUEZ. 2005 Remittance outcomes in rural Oaxaca, Mexico: challenges, options and opportunities for migrant households. *Population, Space and Place*, 11 (1): 49-63.
- CORNELIUS, W. 1990 *Labor migration to the United States: Development outcomes and alternatives in Mexican sending communities*. Commission for the Study of International Migration and Cooperative Economic Development, Washington, D.C.
- FERGUSON, J. 1992 The country and the city on the Copperbelt. *Cultural Anthropology* 7(1): 80-92
- GASSON, R. 1988 *The economics of part-time farming*. Longman, Londres.
- GLICK, N. 1999 Transmigrants and Nation-States: Something old and something new in the U.S. immigrant experience. En *The Handbook of International Migration: The American Experience*, editado por Ch. Hirshman, P. Kasinitz y J. DeWind, pp. 94-119. The Russell Sage Foundation, Nueva York.
- GLICK, N., L. BASCH y C. BLANC-SZANTON. 1992 Transnationalism: A new analytical framework for understanding migration. En *Towards a transnational perspective on migration: Race, class, ethnicity, and nationalism reconsidered*, editado por N. Glick, L. Basch y C. Blanc-Szanton, pp. 1-24. Annals New York Academy of Sciences, Nueva York.
- _____ 1995 From immigrant to transmigrant: theorizing transnational migration. *Anthropological Quarterly* 68:48-63.
- GÓMEZ, S. 2002 *La «Nueva Ruralidad»: ¿Qué tan Nueva?* LOM Ediciones y Universidad Austral de Chile, Santiago.
- GONZÁLEZ, Héctor. 1996a. *Características de la migración campo-ciudad entre los aymaras del norte de Chile*. Corporación Norte Grande, Serie Documentos de Trabajo, Arica.
- _____ 1996b. *Los migrantes aymaras en la ciudad: acceso a educación, vivienda y salud*. Corporación Norte Grande, Serie Documentos de Trabajo, Arica.
- _____ 1997 La inserción económica de los migrantes aymara en la ciudad: el trabajo como empresa familiar y la reproducción cultural». *Actas Segundo Congreso Chileno de Antropología*, Tomo I, pg. 315-324, Colegio de Antropólogos de Chile, Santiago.
- GONZÁLEZ, H. y H. GUNDERMANN. 1989 *Campesinos y aymaras en el norte de Chile*, Taller de Estudios Andinos, Serie Documentos de Trabajo, Arica, Chile.
- GONZÁLEZ, S. 1990 *El aymara de la provincia de Iquique-Chile y la educación nacional*. Taller de Estudios Regionales, Cuadernos de Educación Intercultural N° 1, Iquique.
- _____ 2002 *Chilenizando a Tunupa. La escuela pública en el Tarapacá andino 1880-1990*. Ediciones de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, Santiago.
- GUARNIZO, L. E. 1998 The rise of transnational social formations: Mexican and Dominican state responses to transnational Migration. *Political Power and Social Theory* 12:45-94.
- _____ 2001 On the political participation of transnational migrants: Old practices and new trends. En *E Pluribus Unum? Contemporary and historical perspective on immigrant political incorporation*, editado por G. Gerstle y J. Mollenkopf, pp. 213-263. Russell Sage Foundation, Nueva York.
- JOHNSON, D. L. 1972 On oppressed classes. En *Dependence and Underdevelopment: Latin America's Political Economy*, editado por J. D. Cockcroft, A. G. Frank, y D. L. Johnson, pp. 269-301. Doubleday, Nueva York.
- KEARNEY, M. 1986 From the Invisible Hand to Visible Feet: Anthropological Studies of Migration and Development. *Annual Review of Anthropology* 15: 331-361.
- _____ 1995 The local and the global: The anthropology of globalization and transnationalism. *Annual Review of Anthropology* 24: 547-565.
- _____ 1996. *Reconcentualizing the peasantry: Anthropology in global perspective*. Westview Press, Colorado, USA.
- KEARNEY, M. y C. NAGENGAST. 1989. *Anthropological perspectives on transnational communities in rural California*. Instituto de Estudios Rurales, Documento de Trabajo N° 3, Working Group on Farm Labor and Rural Poverty, California.
- KELLER, C. 1946 *El departamento de Arica*. Ed. Zig-Zag, Santiago.
- KINSELLA, J., S. WILSON, F. DE JONG y H. RENTING. 2000 Pluriactivity as a livelihood strategy in Irish farm household and its role in rural development. *Sociología Ruralis* 40 (4): 481-496.
- KNICKEL, K. y H. RENTING. 2000 Methodological and conceptual issues in the study of multifunctionality and rural development. *Sociología Ruralis* 40 (4): 512-528.
- LEVITT, P. y B.N. JAWORSKY. 2007 Transnational migration studies: Past developments and future trends. *Annual Review of Sociology* 33: 129-156.
- LONG, N. 1990 From paradigm lost to paradigm regained? The case for an actor-oriented sociology of development. *European Review of Latin American and Caribbean Studies* 49: 3-24.

- MASSEY, D. y L.C. BASEM. 1992 Determinants of savings, remittances, and spending patterns among U.S. migrants in four Mexican communities. *Sociological Inquiry* 62(2): 185-207.
- PAERREGAARD, K. 1997 *Linking separate worlds: urban migrants and rural lives in Peru*. Berg Publishers, Oxford, Inglaterra.
- _____ 1998 The dark side of the moon. Conceptual and methodological problems in studying rural and urban worlds in Peru. *American Anthropologist* 100 (2): 397-408.
- _____ 2000 Procesos migratorios y estrategias complementarias en la sierra peruana. *European Review of Latin American and Caribbean Studies* 69: 69-80.
- RAVENSTEIN, E. G. 1976 [1885] *The laws of migration*. Arno Press, New York, USA.
- REDFIELD, R. 1947 The Folk Society. *American Journal of Sociology* 52(4): 293-308.
- VAN KESSEL, J. 1980 *Holocausto al progreso. Los Aymaras de Tarapacá*. Centro de Estudios y Documentación Latinoamericana, Amsterdam.
- _____ 1982 *Cultane Onderontwikking en Overleven van een Andesge meenschap* (Cultane: Subdesarrollo y supervivencia en una comunidad andina). Instituut voor Ontwikkelingsvraagstukken, Tilburg, Holanda.
- _____ 1987. *El llamado repunte económico en la precordillera de Tarapacá: el caso de Sibaya*. CREAAR, Cuadernos de Investigación Social, Iquique.
- _____ 1988 *Los aymaras contemporáneos Chile (1879-1985). Su historia social*. CREAAR, Cuadernos de investigación social, Iquique.
- WOLF, E. 1955 Types of Latin American peasantry: A preliminary discussion. *American Anthropologist* 57 (3-1): 452-471.
- _____ 1957 Closed corporate communities in Mesoamerica and Java. *Southwestern Journal of Anthropology* 13 (1): 1-18.
- _____ 1986 The vicissitudes of the closed corporate peasant community. *American Ethnologist* 13 (2): 325-329.
- ZOOMERS, A. (compiladora) 1998 *Estrategias campesinas en el surandino de Bolivia. Intervenciones y desarrollo rural en el norte de Chuquisaca y Potosí*. Plural-KIT, La Paz.
- _____ 1999 *Linking livelihood strategies to development: Experiences from the Bolivian Andes*. Amsterdam: Royal Tropical Institute (KIT) y Centre for Latin American Research and Documentation (CEDLA).